



PANEGIRICO DE EMILIO RODRIGUEZ DEMORIZI

Manuel de Jesús Goico Castro

Estamos frente a un espectáculo que conmueve la conciencia nacional; que cubre con orlas de luto el mundo de las letras dominicanas y el de las letras hispanoamericanas. En este preciso instante se ha abierto paso hacia la inmortalidad, serena y gloriosamente, un santo, un sabio, uno de los más fecundos escritores del siglo XX, consagrado en las últimas seis décadas a escribir más de ciento veinte obras: Emilio Rodríguez Demorizi, uno de los más castizos y eruditos de los historiadores dominicanos, a quien he considerado siempre, con devoción y respeto, como un padre espiritual, como mi eterno Maestro y como un amigo leal y generoso en la más amplia significación de la palabra.

Aunque fluyera de nuestros labios la más poderosa elocuencia, como la de Bossuet y de otros magos creadores de panegíricos de la oratoria sagrada, no nos será dable enaltecer lo suficiente la magnanimidad de este inmortal varón de virtudes, consumado maestro de las artes de la historia, de las más memorables calendas dominicanas en torno a nuestro período colonial y republicano, autor de esos libros elaborados por sus manos, ahora inmóviles, por su privilegiado cerebro, dormido ahora para siempre, en el silencio más oscuro y eterno.

Rodríguez Demorizi lució hábitos benedictinos y consagración sobrehumana, inmerso en el amable ejercicio de descubrir la verdad, en el sagrado claustro de su biblioteca —acaso una de las más ricas colecciones de "incunables" y de "ediciones príncipes" de la bibliografía histórica en lengua castellana—. Fue el sacerdocio de la historia su permanente ejercicio y su batalla.

Es posible que en una nueva edición de una Historia de la Literatura Dominicana se dedique un extenso capítulo consagrado a exaltar su portentosa obra. Por desgracia, muchas veces, una infantil inquina, un inexplicable antagonismo, contribuyen a opacar, a ignorar o a denostar la grandeza cenital de muchos hombres de genio. Pero éstos, al final, —como las águilas—, suelen volar sobre las nubes y vencen la ira del viento y el turbio embate de la lluvia.

Muchas veces en nuestra fauna intelectual detectamos el odio, la injuria, la negación, pasiones predilectas de espíritus raros, que esconden bajo ingenua simulación, su soberbia y su cinismo, hábitos indignos de los auténticos cultivadores de las letras, quienes siempre deben estar inspirados, —como dioses mayores— y prestos a comulgar con la hostia del amor y de la comprensión y a aliarse y respetarse los unos a los otros.

Emilio Rodríguez Demorizi, como el más fecundo escritor que conoce la historia dominicana, siempre será digno de respeto y de admiración por los espíritus nobles y justos, porque él supo forjarse con su pluma un sólido pedestal.

Publicó algunos libros más que los escritores Pedro Grases, de Venezuela y Guillermo Díaz Plaja, de España, acaso sus dos más cercanos rivales en fecundidad bibliográfica. Formulo este acerto a tono con una exhaustiva y erudita investigación, como resultado de una fidedigna y bien diseñada encuesta.

Rodríguez Demorizi se erigió, con ágil pluma, un enhiesto pedestal, integrado por el acervo de una rica bibliografía; libros fundamentales de historia dominicana y de temas de repercusión internacional, como los consagrados a Bolívar, a Martí, Rubén Darío, Hostos y Antonio Maceo; libros que son a manera de preseas representativas, joyas deslumbrantes, visibles ante la más autorizada crítica del orbe, como el sol y las constelaciones del cielo. Cabal hombre de letras, autor de una extraordinaria empresa cultural revestida de rigurosa y metódica categoría científica, que concita reconocimiento y admiración de escritores de otras lenguas y de otras razas. El pudo escribir con justa razón, como Horacio en una de sus odas inmortales: "No moriré todo entero, mi obra me



sobrevivirá". Estaba dotado de un sobrehumano y genial poder de creatividad, original estilo, enriquecido con la sobria densidad de los grandes maestros del idioma, méritos que constituyen nuestro orgullo más recóndito, y al propio tiempo ponen de resalto su inconfundible relieve de inmortalidad.

En el ámbito de la cultura americana, su figura se agigantará con los siglos, a medida que las academias de la historia, las universidades y las nuevas generaciones sepan captar y analizar con honradez y sin prejuicios, el soberbio legado espiritual con que él escribió su nombre con signos impercederos. Es gloria que pertenece a nuestra patria y no vacilan en reconocerla la privilegiada legión de escritores que cultivan la historia en las lenguas modernas del mundo de nuestro tiempo. El tenía para nosotros idéntica significación que Marcelino Menéndez y Pelayo para España; que Thiers para Francia; que Gibbon para Inglaterra; que Cantú para Italia; que Mommsen para Alemania y que otros historiadores de Venezuela, Colombia, Chile, Argentina y de otras naciones que cuentan con pensadores de esa excepcional jerarquía intelectual.

Al contemplar la impotencia del hombre ante los supremos designios de la Providencia, él había esculpido hace dos décadas una sentencia pletórica de cristiana resignación: "Cuántos sueños, cuántos proyectos y cuántos libros deja truncos la muerte".

Don Emilio fue para mí un ser extraordinario, muy amado y respetado. De su voz siempre intuí un eco cristiano, la generosa ofrenda de un aliento, la iluminadora orientación de un estímulo. Hombre bueno y cabal que tuvo la virtud de hablar con la voz, con la sonrisa y con la mirada. Viaja hoy de este mundo de lágrimas y de sombras "para estar con los ángeles del cielo", allá donde el Creador del Universo ubica en la gloria a los seres humanos de su estatura moral y de su genio creador. ¡Bendito sea Dios!

Es Rodríguez Demorizi el auténtico padre y precursor de los estudios de la moderna historia dominicana. Con suprema gallardía y devoción exaltó los próceres de la epopeya nacional: Enriquillo, Juan Pablo Duarte, José Núñez de Cáceres, Juan Sánchez Ramírez, Pedro Santana, Juan Isidro Pérez, Francisco del Rosario Sánchez, Máximo Gómez, Gregorio Luperón y otros; a los próceres de las letras: Meriño, Galván, Salomé Ureña, Juan Antonio Alix, José María Heredia, Gastón Fernando Deligne, Francisco Gregorio Billini, Pedro Henríquez Ureña, Ulises Francisco Espaillat, Pedro Francisco Bonó, y a otras figuras conspicuas de las armas y de las letras de "esta patria de los héroes y los mártires donde siempre seca lágrimas el sol".



Entre sus méritos más sobresalientes, como ciudadano probo y sabio, figura el estímulo que estuvo siempre dispuesto a otorgar, con sensible fibra de Maestro y cristiana generosidad de orientador de juventudes, a esa nueva legión de investigadores que podrán conquistar nombradía y gloria en el futuro, bajo la inspiración y la mirada iluminadora de la diosa Clío.

Quiera Dios que su ejemplo de laboriosidad, dominicanismo y bondad sirvan de lección permanente a todos cuantos hacemos de las letras nuestra profesión habitual y soñamos que habitamos en una ideal torre de marfil. Muchos estamos conscientes de que el ejercicio literario forja una segunda naturaleza y con esa mística y con esa cristiana creencia nos entregamos a servir a Dios, a nuestra Patria y a la Humanidad.

Los portales de la gloria y de la inmortalidad se han abierto para darle plácido alojamiento a uno de los más grandes personajes que ha producido la República: Don Emilio Rodríguez Demorizi. Un pensador escribió que las personas que hemos amado siempre están esperándonos en un recodo del infinito con los brazos abiertos: Silveria Rodríguez de Rodríguez-Demorizi, quien como Remedios Escalada para el General San Martín, siempre supo ser colaboradora, "esposa y amiga"; Pedro Henríquez Ureña recibe hoy a su más eminente discípulo; Américo Lugo, Manuel Arturo Peña Batlle, Fray Cipriano de Utrera, Vetilio Alfau Durán y Telésforo R. Calderón, con este otro compatriota ilustre atarán los hilos de oro de ese iluminado conciliábulo socrático de alta jerarquía espiritual con que sirvieron a la cultura dominicana. Por designios del destino están convocados hoy a un nuevo diálogo que se prolongará a toda la eternidad, siete sabios dominicanos inflamados por el ático fervor griego. Acaso sólo el poder de la Providencia otorgará el privilegio de poder intuir filosóficamente desde el ágora del infinito sus mensajes celestiales, inspirados en la verdad, el bien y la belleza.

Adiós Emilio, contigo se sepultan hoy en esta tumba parte de las fuerzas de mi espíritu y de las fibras de mi corazón.

Cementerio de la Av. Máximo Gómez, Santo Domingo, R. D.

